



# Viaje al centro del capital

## El alquiler del mundo

Pablo Sánchez

Destino. Barcelona, 2010. 315 páginas. 18 euros

Por Jordi Gracia

EL VIAJE al centro de la selva capitalista es también el viaje al centro del vacío moral, cuando ya casi nada tiene remedio y el narcótico del dinero ha hecho todo su trabajo. Su radiografía ética no está en las estadísticas sino en novelas que meten las narices en el corazón del sistema para comprender los resortes de la competitividad y el auto-engaño, o el elástico pragmatismo del poder empresarial cuando las medidas son de emergencia. Esta novela de Pablo Sánchez (Barcelona, 1970) no las cuenta: las encarna y describe, las dramatiza sin aleccionar, las condena sin decirlo y sobre todo se consume en la voluntad de comprender por qué y hasta dónde. Por eso no es una novela primaria sino literaria, y desde esa conciencia estética se elabora la voz narrativa de un brillante ejecutivo con *grandes retos* por delante y un pasado problemático por detrás. El problema y la razón misma de la novela nacen de su etapa de estudiante vocacional de filosofía, ya desengañado y hasta desertor del juvenil "narcisismo teórico" que enfermó irrecuperablemente con Derrida. Quizá también fascinado por el erotismo implícito (porque del real le queda ya poco) de conquistar la cúpula púrpura del verdadero poder. La equidistancia del tono entre el informe de trabajo —el relato es una especie de diario narrativo— y la confidencia reflexiva crea el espacio para lo mejor: potentes remansos analíticos que alumbran al autor mismo, más que el personaje. Por ahí se filtra la reflexión elaborada de un escritor que propuso en 2005 una sátira del mundo de la literatura y la ilusión del éxito en *Caja negra*, escrita por el mismo toxicómano de la literatura responsable de otro libro de hoy mismo, *El método y la sospecha* (ArCi-Bel Editores, 2010). Es un análisis de la obra de Ernesto Sábato y, en efecto, método y sospecha son leyes implícitas de *El alquiler del mundo*, aunque echa mano de la prosa poética (para burlarla sin compasión) pero también de la construcción de personajes. Y el mejor el Anarquista, dispuesto a reventar (pero también será mentira, como casi todo en esta novela) desde dentro la imagen inmaculada del capital y la farsa de felicidades bulliciosas que recubren su naturaleza esclavizadora pero imbatible: "Toda la clase media debería suicidarse para dejar el mundo como debe estar, con pobres y ricos". Casi todo lo que importa se desmorona sucesivamente y casi nada es lo que aparenta desde la perspectiva privada del protagonista, atrapado entre la cosificación rutinaria que induce el virus del capital y al mismo tiempo su fascinación indomable: "Si no son personas y son sólo muñecos, entonces ¿por qué nos gusta tanto este juego?". El juego es el capital. •